

á la redencion de los cristianos cautivos de los infieles. Para perpetuar esta santa empresa concibieron el plan de un nuevo instituto religioso, y marcharon á Roma con el fin de que le autorizase el Papa. Cometió Inocencio el exámen de este asunto al obispo de París y al abad de San Victor, los cuales estendieron la regla de esta nueva orden de acuerdo con Juan de Mata, sacerdote y doctor célebre en aquella capital. El Papa, despues de haber hecho varias adiciones, conforme á los deseos del santo fundador, la confirmó con bula solemne (1198).

Prescribese en ella que los religiosos reserven la tercera parte de todos sus bienes para la redencion de cautivos: que sus iglesias estén dedicadas generalmente á la Santísima Trinidad: que en cada convento no haya mas que tres sacerdotes y tres legos, á mas del ministro que ha de ser tambien sacerdote y el confesor de la comunidad: que vayan vestidos de blanco con una señal en sus escapularios para distinguirse de los demás religiosos: que no vayan en caballos, sino en asnos: lo que practicaron luego tan exactamente que por largo espacio de tiempo los llamaron los frailes de los asnos. Toda esta regla en general respira el espíritu de humildad y de mortificacion evangélica. Estos religiosos se abstienen habitualmente de comer carne, y aun del pescado, no yendo de viaje. La casa principal de la orden fué Ciervofrio en la diócesis de Meaux, donde Juan de Mata fué á reunirse con Felix de Valois, y cuyo edificio les concedió Margarita, condesa de Borgoña. Treinta años despues el cabildo de París les dió en esta ciudad una iglesia dedicada á San Maturino, de donde les vino el nombre de maturinos que tuvieron en Francia. Fueron tan rápidos sus progresos en este reino, en Italia, en España y aun mas allá de los mares, que en el espacio de cuarenta años tuvieron hasta seiscientas casas, las cuales, á ejemplo de los

cistercienses se unieron en congregacion, y obedecieron á un superior general llamado ministro lo mismo que los superiores locales. Haciendo su encomio el monge Alberico, observa sin embargo desde entonces que sus largos viages eran peligrosas ocasiones de disipacion.

La orden de Val-des-choux fué establecida algunos años antes. Debió su origen á un cartujo de Louvigni en la diócesis de Langres, llamado Viard, que se sintió inspirado á llevar una vida mas solitaria que la que permitia su estado de fraile converso ó lego. Con el permiso de sus superiores se estableció en lo interior de un desierto á dos leguas de Lugni ó Louvigni, y permaneció allí por mucho tiempo como sepultado en una caverna, donde egercítala las austeridades mas asombrosas. Descubierta en fin por los pueblos vecinos, llegó á noticia del duque de Borgoña que le visitó frecuentemente. Al ir este príncipe á dar una batalla muy peligrosa, prometió al santo anacoreta, que si salia vencedor le fundaria un monasterio en el mismo lugar. Alcanzó la victoria y cumplió su promesa (1). Dió Viard constituciones á sus discípulos, y conforme al modelo de los cartujos los alojó en celdas pequeñas para que se entregasen tranquilamente á la oracion y á la lectura (2). Para evitar los cuidados exteriores no quiso tener rebaños ni tierras de labor; y fuera del recinto del monasterio les señaló límites bastante estrechos, de los que no podian pasar. Solo el prior podia salir, ya para visitar los varios conventos que estaban todos sujetos á su obediencia, ya para otros objetos indispensables; mas no obstante debia llevar por compañero en estas diligencias algun religioso de la casa. Tenian dentro de su recinto

(1) Alb. Chron. an. 1198.

(2) Jac. Vitr. Hist. Occ. lib. 17.

huertos y árboles frutales, y salian en comunidad á ciertas horas para cultivarlos y recoger los frutos. Para atender á sus demas necesidades, y á fin de evitar que una indigencia excesiva les arrastrase á la distraccion que se proponian precaver, ó les redujese á la mendicidad, tenian rentas anuales de fácil percepcion, y solo admitian en cada casa tantos sugetos cuantos podian mantener con tales rentas.

En el año de 1201 tuvo principio una nueva congregacion de canónigos reglares, establecida en el pontificado de Inocencio III y confirmada por su sucesor Honorio. Habia en París cuatro profesores de teología llamados Guillermo, Everardo, Ricardo y Manasses, no menos recomendables por su piedad que por su doctrina (1). Cierta dia, tratando de las cosas eternas, dijo Guillermo que habia visto por tres veces un árbol misterioso, cuyas ramas inmensas, estendiéndose por todas partes, daban venturoso abrigo á provincias enteras, y como los otros tres doctores afirmaron que ellos habian tenido muchas veces igual vision, despues de haber deliberado maduramente sobre el asunto con otros muchos sábios, se creyeron llamados á instituir un nuevo orden religioso. Fuéronse á los confines de la Champaña y de Borgoña, se metieron en un hondo valle, y se fijaron cerca de una fuente que descubrieron entre unas rocas muy ásperas y encumbradas. Pertenece este desierto al obispo de Langres, Guillermo de Joinville, el cual les cedió fácilmente una parte. En ella fabricaron desde luego unas pequeñas celdas, y principiaron á practicar la regla de San Agustin segun los usos de San Victor de París. Algunos años despues Federico, obispo electo de Chalons, renunció este obispado para irse á reunir con los cuatro doctores. Siguiéronles muchos es-

tudiantes, que formaron insensiblemente la nueva congregacion y le hicieron dar el nombre de Valle de los Estudiantes. La alta consideracion de que disfrutaba en Francia la cultura de las letras, hizo que se acreditase extraordinariamente el nuevo instituto.

En particular las escuelas de París tenían tal reputacion, y proporcionaron tantas ventajas á aquella ciudad, que el rey Felipe Augusto les dió grandes testimonios de su favor. Con motivo de una discordia suscitada entre un posadero y algunos estudiantes alemanes, acudió el preboste de París con paisanos armados, y fué muerto un noble aleman con algunos de sus criados. Al punto los doctores dieron sus quejas al rey, quien mandó poner en prision al preboste y á algunos de su comitiva; y habiendo huido los otros, hizo demoler sus casas y asolar sus tierras. Temiendo todavía que á pesar de este ejemplar los estudiantes malcontentos abandonasen á París, ordenó para lo venidero que si alguno de ellos fuese herido ó insultado, los paisanos que lo viesen quedasen obligados á apoderarse del culpable y entregarlo á los ministros Reales, que harian buena justicia. «Nuestro preboste y demas jueces, prosigue la ordenanza (1), no encarcelarán á ningun estudiante, ó si lo hiciesen, lo remitirán á la justicia eclesiástica. Si el caso fuese grave, nuestros jueces tomarán conocimiento de lo que debe hacerse por el estudiante; mas por ninguna especie de perjuicio ó agravio pondrán la mano en el gefe de las escuelas de París, esto es, en el rector; y si mereciera la prision, lo ejecutará la justicia eclesiástica. Respecto de los criados legos de los estudiantes, que no disfrutan el privilegio de vecindad, ni el de regniculas, que no tienen ejercicio alguno y de los que no se sirven los estudiantes para alterar el orden público, no pon-

(1) Labb. Bibliot. tom. 1, pag. 391.

(1) Conf. Ord. tom. 1, pag. 983.

drán la mano en ellos nuestros ministros, á no ser en el caso que el delito sea manifiesto. Es nuestra voluntad que los canónigos de Paris y sus domésticos gocen del mismo privilegio. Esta ordenanza en que vemos principiar la distincion del delito comun y del caso privilegiado, es del año 1200, y es el monumento mas antiguo que exime á los escolares, en calidad de clérigos, de la justicia secular.

En el año anterior habia quedado finalmente terminada la famosa contienda relativa á la metrópoli de Bretaña y que duraba ya por espacio de trescientos cincuenta años. Nunca se vió pretension tan mal fundada subsistir tan largo tiempo y molestar á tantos tribunales. Remitióse á tres concilios, fué examinada delante de cinco Papas; y el metropolitano que no tenia mas título en su favor que la innovacion profana de un duque de Bretaña, habia sido mirado constantemente como merecia. Pero el Papa Lucio II, creyendo preparar atemperadamente la aceptacion de la sentencia final que intentó dar, permitió al obispo de Dol que conservase el palio, y con esto dió margen á que se renovara la contienda y se prolongase hasta el pontificado de Inocencio III. Este Pontífice, en fin, despues de haber examinado el asunto con un detenimiento capaz de cerrar para siempre la boca á la obstinacion, le decidió de una manera concluyente. Pronunció públicamente una sentencia que confirmaba las de sus predecesores, y estableció que la iglesia de Dol estaria siempre sujeta á la de Tours y su obispo privado para siempre del uso del palio, sin poderse admitir nueva contestacion, como antes, á pretexto de descubrimiento de títulos y de nuevos medios de defensa (1). La sentencia fué ejecutada de buena fé por el obispo Juan de Vaunoise, y

(1) Inoc. III, lib. 2, ep. 84 et seq.

desde su publicacion verificada en 1199, la iglesia de Dol, junto con todos los demas obispados de Bretaña, permaneció pacíficamente sujeta á la iglesia de Tours.

Tambien llamó la atencion del Papa Inocencio en el mismo año un negocio mucho mas triste en el seno mismo de la Italia, y aun muy cerca de Roma. Queriendo mortificar á los habitantes de Orbiato que le habian resistido, detuvo á su obispo en Roma cerca de nueve meses. Durante esta ausencia del Pastor, los nuevos maniqueos, que á fuerza de hipocresía venian sosteniéndose en la ciudad por espacio de cerca de cincuenta años, se envalentonaron con la llegada de algunos de sus doctores, se pusieron á predicar públicamente y sedujeron mucha gente. Llegaron á hacerse tan poderosos en Orbiato, que se disponian á arrojarse de allí á los católicos y convertir aquella plaza, reputada por inconquistable, en un receptáculo de todos los hereges y en baluarte de la heregia. A vista de tamaño peligro los cristianos ortodoxos pidieron al Papa un gobernador que juntase las virtudes cristianas al valor y á la prudencia, y que pudiese salvar la libertad y la fé amenazadas á un mismo tiempo.

Persuadióse Inocencio que la mejor eleccion que podia hacer era enviarles Pedro de Parenzo, noble romano, jóven aún, pero sábio, valiente, lleno de talentos y de capacidad, y de aquella pureza de costumbres y virtud sincera que Dios se complace en coronar con las mas preciosas dotes en una alma cristiana (1). Logró reprimir la heregia; mas á pesar de la prudencia con que se condujo, no pudo ganar el corazon de aquellos hereges, cuyo poder era ya muy grande para que se dejasen despojar de él pacíficamente. Desde entonces previó el término hasta donde podria arrebatarse su

(1) Boll. tom. 10 ad 21 maji.

furor, y no cuidó de otra cosa que de prepararse para el martirio. Habiendo vuelto á Roma para celebrar la Pascua con su familia, y pidiéndole cuenta el Papa de su arriesgado gobierno, le contestó: «Santo Padre, me he conducido de un modo capaz de merecer que los hereges me amenacen en público con la muerte.»—«Seguid, hijo mio, replicó el Pontífice, combatiendo generosamente por la fé: ellos solo os pueden quitar la vida del cuerpo; y si morís á sus manos, os aseguro en nombre de Dios y de los Santos Apóstoles la remision de todos vuestros pecados.» Inclínose el santo gobernador, dió gracias al Papa, fué á su casa á disponer su testamento, y volvió á marchar á Orbiato arrancándose de los brazos de su madre y de su esposa que se deshacian en lágrimas.

Durante su ausencia formaron los sectarios una conspiracion y corrompieron con metálico á uno de sus domésticos llamado Rodolfo. A su vuelta persiguiólos con el mismo celo que antes; y lejos de temer sus amenazas, alzaba muchas veces las manos al cielo pidiendo al Señor y al príncipe de los Apóstoles, que si habia de morir con muerte violenta, fuese por mano de los hereges y por la defensa de la fé. En la noche del 20 al 21 de mayo al tiempo de acostarse, cogiéronle de improviso algunos sectarios introducidos por el traidor Rodolfo, le eubrieron la cabeza y le apretaron el gaza para que no pudiese gritar, y sacándole del palacio le llevaron á un parage retirado. Allí le propusieron que si queria salvar la vida debia abandonar el gobierno de la ciudad y hacer juramento de que protegeria su secta en vez de perseguirla. Contestó con valor que no haria juramento alguno en favor de la heregia, y que no violaria el que habia hecho de gobernar á Orbiato durante un año. En tanto que aquellos furiosos le ostigaban de semejante modo, sobrevinieron

otros aún mas furiosos, y uno de estos levantando el puño, dijo: ¿á qué vienen tantas palabras? y le descargó un golpe tan violento en la cara, que le quitó un diente saliendo de su boca arroyos de sangre. Otro le derribó dándole un garrotazo, y todos juntos con espadas y cuchillos acabaron de matarle, despues de lo cual huyeron precipitadamente de la indignacion del pueblo ortodoxo, á quien sumergió esta pérdida en una desolacion que no hay términos con qué espresarla. Llevaron el cuerpo á la iglesia catedral, y le enterraron por honor en el mismo lugar en que acostumbraba confesar con los católicos celosos sobre los medios de reprimir la heregia. El Señor obró luego en él insignes milagros, de los cuales se conservan las relaciones mas circunstanciadas y auténticas. La iglesia de Orbiato celebra solemnemente la fiesta de este santo mártir en el dia de su muerte (1199).

En el mismo año en que San Pedro de Parenzo fué victima de la fé, otro santo lego llamado Homobono murió en paz despues de haber ganado á muchos hereges con su dulzura y virtudes atractivas, y á los dos años de su muerte le canonizó el Papa Inocencio (1). Era de Cremona, de una familia antigua, pero de mediana fortuna, lo que le redujo lo mismo que á su padre á ejercer algun tráfico. Aunque tomó el estado de matrimonio, parecia que su principal encargo era el de socorrer las necesidades de los pobres. Añadía á las limosnas los ayunos, las vigiliias, la oracion continua y aun los oficios nocturnos de la Iglesia, á pesar de haber dejado ya de ser de uso comun para el pueblo; mas el sacerdote Oberto, que conocia la piedad de Homobono, tenia cuidado de abrirle todas las noches la puerta

(1) Sur. 13 Nov.

de la iglesia de San Gil, su parroquia. Concluido el oficio, permanecia en el lugar santo, postrado delante de un Crucifijo hasta la misa, que oia con los demas fieles. Tuvo el don de milagros, y el mas maravilloso aún de curar la ceguera de los sectarios obstinados á quienes la elocuencia de los hombres mas doctos no habia podido persuadir. Un dia que asistió á maitines y perseveró en oracion hasta la misa, conforme lo tenia de costumbre, se postró al *Gloria in excelsis* estendidos los brazos en forma de cruz. Al ver que no se levantaba al Evangelio, creyeron todos que estaba dormido: quisieron despertarle y le hallaron muerto. Ocurrió esto el dia 13 de noviembre de 1197, dia en que la Iglesia venera su memoria.

Entretanto todo se iba disponiendo en el mundo cristiano para acontecimientos de muy diversa indole. La predicacion de la cruzada en todas las regiones del Occidente, desde la muerte de Saladino, esto es, durante el espacio de siete á ocho años, habia producido singular entusiasmo y reunido una infinidad de combatientes de todas las naciones. Creció tanto desde el tiempo del Papa Celestino en sola la Alemania el número de cruzados, que formaron tres ejércitos y llegaron todos á Palestina. Mas las facciones y trastornos que ocasionó en su patria la muerte del emperador Enrique VI, les hizo volver á ella sin haber proporcionado ninguna ventaja notable á los cristianos de Oriente, á quienes por otra parte escandalizaron en gran manera con su vida desarreglada, y aun sospecharon que tenian inteligencia con los sarracenos para hacerles perecer. El resto mucho mas numeroso de los occidentales que partieron despues de estos para la misma cruzada, todavia fueron menos provechosos á Tierra Santa, pues ni siquiera pusieron en ella los pies.

Disgustados de los viajes por tierra, ca-

si todos funestos, acordaron ir por mar (1). Habiéndose reunido en el centro de la Francia, patria de la mayor parte de ellos, trataron con la república de Venecia, á fin de obtener los buques necesarios para el transporte, y para esto determinaron que se entregaria la suma de noventa y cinco mil marcos de plata. En el interin el conde de Champaña, nombrado gefe de la expedicion, murió en la edad de veinte y cinco años, y ofrecieron el mando al duque de Borgoña y al conde de Bar; mas no habiéndole admitido, se le dieron por fin á Bonifacio II, conde de Monferrato. Dirigióse á Soissons, donde recibió la cruz de Foulques de Neuilli, que seguia siendo el alma de esta empresa, á la que, con gran sentimiento de los cruzados, no pudo acompañarlos por haber muerto al cabo de algunos meses en su parroquia de Neuilli. Volvió á sus Estados el conde de Monferrato para hacer los preparativos de su viage, y tornó luego á Francia con el fin de ponerse á la cabeza del ejército, el cual partió para Venecia hácia Pentecostés del año 1202. En el camino encontraron una muchedumbre de otros cruzados que gustosos se unieron á ellos, con el intento de embarcarse todos juntos para ir en derechura á Egipto, á fin de no romper la tregua que los cristianos de Palestina habian hecho con los infieles de Siria.

Pero en este largo intervalo, una armada mandada por Juan de Nesle, señor de Bruges, pasó el estrecho de Gibraltar, y una multitud de cruzados asi franceses como flamencos, á pesar de sus promesas, tomaron tambien una ruta diferente de la de Venecia, lo que puso á los que llegaron á esta república en la imposibilidad de pagar á los venecianos la suma estipulada. Despues de

(1) Vill. Hard. n. 7 et seq.; Gest. Innoc. III n. 83 et seq.

haber satisfecho la parte que les tocaba de lo que habian prometido, y aun despues que el conde de Monferrato, el de Flandes y los otros señores principales empeñaron su vagilla de oro y plata y cuanto pudieron, faltaban aún para completar la suma estipulada treinta mil marcos de plata. Enrique Dandolo, anciano venerable que hacia nueve años que gobernaba la república con mucha sabiduría, les propuso que en pago de esta suma que aún quedaban debiendo ausiliasen á los venecianos en la reconquista de la ciudad de Zara, en Dalmacia, que les habia sido quitada por el rey de Hungría: él se obligaba por su parte, aunque ciego y de mas de ochenta años, á acompañarles con cincuenta galeras para libertar el Santo Sepulcro. Los cruzados sentian tanto mayor repugnancia en volver asi contra un príncipe cristiano y tambien cruzado las armas preparadas para abatir á los enemigos del cristianismo, cuanto que el Sumo Pontífice lo habia prohibido espresamente, y su legado habia ya vibrar sobre sus cabezas los rayos de la Iglesia; pero los deudores, estrechados por una especie de necesidad, aceptaron la propuesta. Sin embargo, el conde de Monferrato, á quien el Papa habia hecho esta prohibicion personalmente y de viva voz, pretestó prudentemente un motivo de ausencia, y no se halló en el sitio de Zara. Simon de Monforte tomó bajo de su proteccion al abad de Valdesernay, cuya vida estuvo en peligro por haber denunciado á los señores la prohibicion pontificia; además se separó del ejército junto con Guido su hermano y algunos otros generales, y se pasó al del rey de Hungría, de donde sin embargo volvió á Tierra Santa. Pasó adelante el sitio de la plaza, y fué tomada al quinto dia.

La proximidad del invierno forzó al ejército á esperar en Dalmacia una estacion mas propicia para acometer al Egipto. En-

trretanto el príncipe Alejo, hijo de Isaac Angelo, emperador destronado de Constantinopla imploró el ausilio de los príncipes cruzados. Hacia siete años que otro Alejo, hermano de Isaac, habia arrancado la corona á este infeliz emperador, despues de haberle mandado sacar los ojos el dia 18 de abril de 1195, y le tenia en una dura prision, donde le daban el alimento por medida como al mas desdichado de los hombres. Como al propio tiempo el hijo de Isaac era cuñado de Felipe de Suavia, electo rey de los romanos, fué á encontrarse con este príncipe para captar con mas facilidad por su mediacion la benevolencia de los otros príncipes latinos. Al efecto enviéles Felipe inmediatamente embajadores, y habiendo llegado poco despues el mismo Alejo, ratificó lo que en su nombre se habia prometido; esto es, que sujetaria en primer lugar el imperio de Constantinopla á la obediencia de la Santa Sede: que suministraria doscientos mil marcos de plata para la empresa de los cruzados y viveres para todas sus tropas: que les acompañaria en persona ó que si les parecia mejor, enviaria diez mil hombres á sus espensas para hacer la guerra por espacio de un año, y que toda su vida pagaria quinientos caballeros para la defensa de los Santos Lugares.

Habia prohibido el Papa á los cruzados acometer á Constantinopla, de la misma manera que á Zara, por cuanto siempre se derramaba sangre cristiana, y se perdia de vista el objeto principal del viage. Por el contrario, ellos se persuadian que estableciendo un emperador que les fuera adicto, sus progresos en Siria y en Egipto serian mas rápidos, y llegaron á creer que el Papa nada podia desear mas que el ver restablecida su autoridad en Constantinopla, si fuese posible, y que el buen éxito de esta empresa les obtendria con facilidad el perdon. Mas las dificultades y riesgos eran